

***La soledad del país vulnerable: Japón desde 1945*, Florentino Rodao. Crítica, 2019, 527 pp.**

Cuadernos CANELA, 31, pp. 97-100
Recibido: 01-X-2019
Aceptado: 29-IV-2020
Publicado, versión impresa: 22-V-2020
ISSN 1344-9109
Publicado, versión electrónica: 22-V-2020
ISSN 2189-9568
© El autor 2020
canela.org.es

Andrés Pérez Riobó

Universidad Dōshisha, Kioto, Japón

Coincidiendo con el comienzo de la era Reiwa, ha salido a la luz el nuevo libro de Florentino Rodao, historiador especializado en las relaciones entre la región de Asia-Pacífico y España, autor de obras como *Espanoles en Siam (1540-1939): Una aportación al estudio de la presencia hispana en Asia Oriental* o *Franco y el imperio japonés: Imágenes y propaganda en tiempos de guerra*, entre otras. En esta ocasión el objeto de estudio es el Japón contemporáneo, materia que se entronca con la propia experiencia vital del autor, que ha trabajado como investigador varios años en el país nipón.

Este volumen consta de dos partes, siendo la primera un estudio histórico en cuatro capítulos: ocupación (1945-1952), crecimiento económico (1952-1989), crisis (1989-2011) y actualidad (2011-2019), aunque con uno intercalado que trata el desastre de Fukushima de 2011. La segunda parte aborda casi desde una perspectiva sociológica cuestiones diversas del Japón contemporáneo, como cultura y vida cotidiana (capítulos 6 y 7), sociedad (capítulos 8 y 9), identidad (capítulo 10), memoria histórica (capítulo 11) y muerte (capítulo 12). Ambos bloques son independientes y podrían haber dado lugar a dos obras autónomas, aunque como el objetivo del autor es mostrar lo que Japón puede enseñar al mundo, un libro de historia hubiera sido insuficiente. Además, al final del libro se incluye una bibliografía en castellano de gran utilidad.

Conviene comentar primero el título de la obra. La «vulnerabilidad» de Japón es fácil de entender, ya que se trata de su propensión a sufrir catástrofes naturales. La «soledad» es una idea más problemática. Rodao la relaciona con su carácter insular y el llamado síndrome Galápagos, un término que explica por qué ciertas innovaciones tecnológicas solo tienen éxito en Japón, pero que en análisis superficiales sirve para acentuar el particularismo de su sociedad. De manera un poco contradictoria, el propio autor admite que la soledad no es algo típico japonés y que «el universo mental de los nipones ha sido siempre mucho más amplio» (Rodao, 2019, p. 11), pero concluye el libro calificando al Japón de «galápagos» (Rodao, 2019, p. 431). El excepcionalismo nipón es algo que los japoneses, defendiendo su idiosincrasia cultural, así como muchos occidentales, buscando alternativas a la modernidad, han repetido continuamente, aunque siendo uno de los líderes mundiales en la era de la globalización, nos queda la duda de si es apropiado insistir en su supuesta «soledad».

Entrando en el análisis del libro, por la amplitud y profundidad de los temas tratados, se puede afirmar que *La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945* es una de las obras más completas escritas en castellano para este período y sin duda se convertirá en

un volumen imprescindible para aficionados y especialistas en la historia de Japón. En esta reseña nos gustaría comentar la posición del autor respecto a ciertas materias de relevancia, así como la narración histórica de algunos episodios.

En primer lugar, nos parece que la figura imperial es tratada de una manera excesivamente optimista. Según el autor, Hirohito fue la figura clave que concluyó la guerra cuando intervino y propuso la aceptación completa de la declaración de Postdam, así como el facilitador de la nueva etapa (Rodao, 2019, p. 46), pero se hubiera agradecido un intento por dilucidar su responsabilidad en la guerra y en la razón de una rendición tan tardía. Rodao tiene en alta consideración a la institución imperial como instigadora del cambio reformista, no tan solo en 1945 sino también en 1868, dando la impresión de que los japoneses la han abrazado incondicionalmente. Nos referimos al pasaje en el que, desde una visión imperial de la historia, se explica la reacción al fin del sogunato en 1868: «la liberación del monarca de la tutela del shogun al trasladarse a Edo fue vivida como propia en todo el país» (Rodao, 2019, p. 46), o en el que se trazan las causas de la crisis de final del siglo XX en el encabezamiento del capítulo 3: «El 7 de enero de 1989, el emperador Hirohito falleció [...]. No dejaba de ser un hecho natural, pero el país estaba poco preparado tras sesenta y dos años bajo una misma era, con lo que la falta de experiencia se unió a los desasosiegos habituales de toda la mudanza» (Rodao, 2019, p. 121). Estos son juicios muy subjetivos, ya que los japoneses de 1868 todavía no estaban sometidos a un estado nación que les adoctrinase sobre la figura imperial y el cambio de era no resultó de ninguna manera en el detonante de una crisis.

El legado del imperio y la segunda guerra mundial es discutido en los tres primeros capítulos, y también en los capítulos 10 (Nación e identidad en Japón) y 11 (El peso de la memoria histórica). La importancia del tema requiere la atención concedida, pero su presentación es demasiado parcial, sin presentarse el punto de vista de las naciones agredidas por Japón. Veamos el caso de Corea del Sur. Las negociaciones para normalizar las relaciones con Japón tras el fin del imperio se alargaron desde 1951 a 1965, año en que se firmó el Tratado de Relaciones Básicas (no Tratado de Amistad, como se señala en Rodao, 2019, p. 84). Entre las razones de la tal dilación se encuentra una que no se comenta: la negativa de Japón a aceptar el daño cometido durante la época colonial, mientras que solo se señala que el restablecimiento de las relaciones con Corea del Sur fue imposible por el extremado sentimiento antijaponés asentado en ese país (Rodao, 2019, p. 68).

Respecto al problema de las *ianfu* (mujeres coreanas y de otras nacionalidades obligadas a prostituirse para los soldados nipones durante la segunda guerra mundial), la posición del autor es un tanto confusa ya que primero las define como «esclavas de placer» (Rodao, 2019, p. 193) y acepta la implicación del ejército para luego referirse a ellas como «prostitutas», afirmando que el papel del ejército en su reclutamiento y confinamiento fue «indirecto» (Rodao, 2019, p. 377). Pero no se emite solamente esta polémica opinión. La masacre de Nanjing de 1937 es explicada así: «Con el aparente objetivo de acabar definitivamente con el ejército nacional chino, los militares japoneses mataron a soldados nacionalistas en retirada, incluidos los que estaban en las zonas de seguridad establecidas por la Cruz Roja. Fue una masacre dirigida contra soldados del Guomindang en medio de un ardor que parecía imparable» (Rodao, 2019, p. 377). Rodao no menciona la matanza de civiles que acompañó a la de militares, cuyo número exacto de víctimas sigue siendo objeto de discusión. Por otro lado, tampoco alude a

la ejecución sumaria de entre unos 1000 y 6000 coreanos en el caos posterior al gran terremoto de Kantō de 1923, ocurrida después de que se propagaran rumores de que habían envenenado los pozos de agua, aun aceptando la existencia de dichos rumores (Rodao, 2019, p. 167). No podemos estar más en desacuerdo cuando se pone como ejemplo al terremoto de 1923 de «la capacidad [de Japón] para afrontar los desastres con entereza, sin las comprensibles voces discordantes» (Rodao, 2019, p. 188).

Un vector tangente a las relaciones entre Japón y Corea es la posición de los coreanos residentes en Japón, los *zainichi*, un grupo esencial para comprender los límites de la identidad japonesa, pero que lamentablemente no reciben apenas atención en esta obra. De los dos millones y medio de coreanos que vivían en Japón en 1945, unos 600 000 —de los cuales un tercio estaba casado con nacionales japoneses y dos tercios habían nacido allí— nunca volvieron a la península, aunque Rodao asume que lo natural hubiera sido que lo hubieran hecho cuando afirma que «los coreanos, o *zainichi*, [...] tuvieron muchas dificultades para regresar porque Japón siguió recibiendo a coreanos que huían de actos violentos en la península» (Rodao, 2019, p. 371), ignorando el hecho de que bajo el imperio habían sido considerados súbditos japoneses (no «extranjeros», Rodao, 2019, p. 31) y que como tales disponían de derechos civiles e incluso políticos.

Otro punto básico para entender los márgenes del estado y la sociedad en Japón es Okinawa, una prefectura que fue un reino independiente hasta el siglo XIX y el único lugar de Japón donde se libró una batalla terrestre en la segunda guerra mundial, pereciendo en ella un cuarto de su población civil. Okinawa se mantuvo como colonia estadounidense hasta 1972 convirtiéndose en una gigantesca base militar, carácter que ha mantenido hasta el presente. El sacrificio y la militarización de Okinawa fueron las condiciones para la independencia de Japón en 1952, pero en esta obra, como si estorbara el discurso de un Japón unido y homogéneo, es solo tratada como una ficha más del juego de la Guerra Fría. No se muestra la perspectiva okinawense, cuya insatisfacción va más allá de la presencia de las bases y los marines (Rodao, 2019, p. 191 y 342). La ausencia de esta perspectiva limita el alcance del análisis de la sociedad japonesa que se quiere realizar.

La segunda parte del libro es útil para conocer aspectos del Japón contemporáneo (estado de bienestar, religiones, educación, valores, trabajo, situación de la mujer, etc.) al estilo de la obra *Una introducción a la sociedad japonesa*, del sociólogo Yoshio Sugimoto (2016), de la cual se hace un uso notable. Centraré mi crítica en el capítulo 9 (Estado y sociedad en Japón), donde se desarrolla la idea de que el «gobierno burocratizado de los países de la esfera cultural china tiene uno de sus ejemplos más claros en Japón» (Rodao, 2019, p. 307), ya que como es bien sabido la noción de un funcionariado meritocrático nunca echó raíces en el país nipón hasta el período Meiji, optándose siempre por un sistema hereditario que privilegiaba a la nobleza civil o militar. En Japón, al contrario de lo que señala Rodao (2019, p. 309), nunca se implantó un sistema de exámenes como el de China. No podemos coincidir en afirmaciones como que la «influencia del Estado sobre la sociedad japonesa es mayor que en otros países. Sus funcionarios tienen un ascendiente que muchos otros desearían, la educación de sus ciudadanos está en sus manos casi en su totalidad y mantienen un férreo control social» (Rodao, 2019, p. 307), si se basan en una historia trucada.

Por último, nos gustaría hacer mención a algunos enunciados que pueden confundir a los lectores en temas de importancia, como definir el accidente nuclear de Fukushima como «el más dañino en la historia de la humanidad» (Rodao, 2019, p. 9), olvidándose

de Chernóbil; afirmar que tras la guerra «Japón perdió todos los territorios incorporados después de 1868» (Rodao, 2019, p. 29), cuando lo correcto sería 1895, ya que de no ser así también habría perdido Okinawa y Hokkaidō; decir que el Tratado de Seguridad de 1951 «se anunció como un tratado entre iguales porque los dos países proclamaban que se defenderían mutuamente de un ataque ajeno» (Rodao, 2019, p. 67), ya que ningún actor del momento contempló la posibilidad de que Japón defendiera a los Estados Unidos; confundir la isla de Iwojima con el archipiélago de Ogasawara como el territorio que quedó bajo administración estadounidense tras la guerra (Rodao, 2019, p. 15 y 67); afirmar que la pena de los más de novecientos criminales de guerra clase B y C condenados a muerte fue conmutada tras el Tratado de Paz (Rodao, 2019, p. 378), cuando ya habían sido ajusticiados (sí hubo una amnistía para quienes cumplían penas de prisión); o sostener que en el santuario de Yasukuni están enterradas las cenizas de los soldados muertos (Rodao, 2019, p. 116), ya que no guarda restos mortales sino que consagra las almas de dichos soldados. Otros errores resultan más curiosos, como afirmar que los extranjeros viviendo en Japón «se concentran en la zona de Nagasaki y Kumamoto» (Rodao, 2019, p. 429), dos prefecturas que no destacan en este punto en términos absolutos ni relativos.

En conclusión, podemos garantizar que esta es una obra muy ambiciosa, aunque se cometen inexactitudes que disminuyen su provecho. Por otro lado, se sigue proyectando la imagen de Japón como un país único y excepcional, pero para probar estas afirmaciones es necesario superar tópicos como la peculiar relación de los japoneses con la naturaleza, su modo de comunicación ambivalente o el legado de los samuráis. Donde sí coincidimos es en su opinión de que Japón sigue siendo un país dinámico que se está reinventando continuamente, del que Occidente tiene mucho que aprender. En este sentido, *La soledad del país vulnerable. Japón desde 1945* sirve de introducción para conocerlo más de cerca.

Referencias

- Rodao, F. (2019). *La soledad del país vulnerable: Japón desde 1945*. Barcelona: Crítica
- Sugimoto, Y. (2016). *Una introducción a la sociedad japonesa*. Barcelona: Bellaterra.

Perfil del autor

Andrés Pérez Riobó es profesor en la Facultad de Estudios Globales y Regionales de la Universidad Dōshisha, Kioto. Se doctoró en 2012 en la Universidad Ritsumeikan de la misma ciudad con una tesis sobre la persecución de los cristianos en el Japón del siglo XVII. En breve publicará una obra introductoria a la historia del país nipón (*Japón en su historia*. Satori, 2020)